



VIII

### La batalla del Macar

---



El día siguiente recibió de los Syssitas doscientos veintitres mil kicar de oro, decretó un impuesto de catorce shekel para los ricos. Hasta las mujeres contribuyeron; se pagaba por los niños, y, cosa monstruosa para los cartagineses, obligó á los colegios de los sacerdotes á dar también dinero.

Reclamó todos los caballos, todos los mulos, todas las armas. A los que quisieron disimular sus riquezas se les confiscó los bienes, y para vencer la avaricia ajena, dió sesenta armaduras y mil quinientos gommor de harina, es decir más él solo que la Compañía de Marfil.

Envió á Liguria á comprar soldados; tres mil montañeses acastumbrados á cazar osos; se les pagó por adelantado seis lunas á razón de cuatro minas diarias.

Era preciso un ejército. Pero no aceptó, como Hamón á todos los ciudadanos. Rechazó á los que tenían ocupaciones sedentarias, luego á los obreros y á los de aspecto pusilánime; pero en cambio, admitió á los perdidos á los crapulosos de Malgua, á los hijos de los bárbaros, á los libertos. En recompensa, prometió á los nuevos cartagineses, derecho completo de ciudadanía.

Su primer cuidado fué reformar la Legión. Cambió las espadas antiguas por otras más cortas; los brodequines se encargó fueran muy fuertes. Fijó el número de criados y redujo el de bagajes; y como había en el templo de Moloch trescientos pilums romanos se apoderó de ellos á pesar de las protestas de los sacerdotes. A los oficiales les hizo andar, saltar, correr, luchar cuerpo á cuerpo; les acostumbó, en una palabra, á las más duras fatigas.

Con los que habían vuelto de Utica y otros que poseían los particulares, organizó una falanje de setenta y dos elefantes, que armó de un modo formidable. Dió á los conductores un escoplo y un martillo para henderles el cráneo si se rebelaban.

No permitió que el Gran Consejo nombrara los generales. Los Antiguos le objetaban las disposiciones de las leyes; nada le importaban; nadie se atrevía á murmurar y todo cedía ante la violencia de su genio.

Se encargó de la guerra, del gobierno, de la hacienda. Para prevenir acusaciones, hizo nombrar á Hamón su adjunto en hacienda.

Hacia trabajar en las murallas y para tener piedra en abundancia ordenó derribar los recintos antiguos que no reportaban ya utilidad ninguna.

Las tropas, con armas, recorrían á todas horas las calles; de continuo se oía resonar las trompetas; en grandes carros pasaban escudos, tiendas de campaña, lanzas; las mu-

jes en los patios hacían hilas y vendajes; el ardor de unos se comunicaba á los otros. El alma de Halmicar llenaba la República.

Con los tres mil ligurios y los mejores hombres de Cartago formó una falange de cuatro mil noventa y seis hombres defendidos por cascos de bronce, y que manejaban lanzas de fresno largas de catorce codos.

Dos mil jóvenes llevaban hondas, un puñal y sandalias. Se le reforzó con ochocientos más armados de un escudo redondo y una espada romana.

La caballería pesada constaba de mil novecientos guardias, cubiertos de escamas de bronce colorado como los clinábaros asirios. Había además cuatrocientos arqueros á caballo con gorras de piel de comadreja, hachas de doble filo y túnicas de cuero. Además había armado mil doscientos negros para apoyar á la caballería. Todo estaba dispuesto y sin embargo Hamibar no marchaba.

A menudo salía por la noche de Cartago y se alejaba hasta más allá de la laguna, hasta la desembocadura del Macar ¿Quería unirse á los bárbaros? Los liguros, acampados en los Mappales rodeaban su casa.

Las aprensiones de los Ricos parecieron justificarse cuando un día, trescientos bárbaros se aproximaron á Cartago y Hamilcar mandó que se les abriera las puertas: eran tráfugas que, por fidelidad ó por temor, volvían junto al Suffeta.

La vuelta de Hamilcar no sorprendió á los mercenarios; según ellos aquel hombre no podía morir. Volvía para cumplir sus promesas, esperanza que nada tenía de absurda si se tiene en cuenta que mediaba un verdadero abismo entre la patria y el ejército. Por otra parte, no se creían culpables y habían olvidado por completo el festín.

Los espías que sorprendieron les desengañaron. Fué un triunfo para los más encarnizados, hasta los más tibios se pusieron furiosos. Luego los dos sitios les aburrían, no adelantaban un paso, ¡más valía una batalla! Al tener no-

ticia de los armamentos de Matho, saltó de alegría «¡Por fin! ¡Por fin!» exclamó.

Entonces el resentimiento que sentía por Salammbó recayó en Hamilcar. Su odio veía ahora una presa determinada y creía ya saborear su venganza. Tan pronto se veía rodeado de sus soldados, llevando la cabeza del Suffeta en una pica como en un lecho de púrpura estrechando entre sus brazos á la virgen, cubriendo de besos su rostro, pasando sus manos por su negra cabellera, y aquellas visiones, que sabía que no se realizarían, le atormentaban. Juró, que ya que sus compañeros le habían nombrado schalishim, se mostraría digno de tal cargo en la guerra, y la seguridad de que no volvería de ella le hacía implacable.

Fué á ver á Spendio y le dijo:

—¡Toma tus hombres! ¡Yo traeré los míos! ¡Avisa al gallo! ¡Estamos perdidos si Hamilcar nos ataca! ¿No me oyes? ¡Levántate!

Spendio quedó asombrado al oír aquella voz llena de autoridad. Matho, habitualmente se dejaba guiar por sus consejos; pero ahora parecía á un tiempo más tranquilo y más terrible; una voluntad soberbia fulguraba en sus ojos, parecida á la llama de un sacrificio.

El griego no le escuchó. Vivía en una de las tiendas cartaginesas con bordados de perlas, bebía refrescos en copas de plata, dejaba crecer sus cabellos y no se apresuraba en asaltar la ciudad sitiada. Había entablado negociaciones con la ciudad y estaba seguro de que se rendiría muy pronto. No quería, pues, partir.

Warr'Havas, que siempre iba de un ejército á otro estaba presente y apoyó las razones de Spendio.

—¡Vete, si tienes miedo!—exclamó Matho.—Nos habías prometido pez, azufre, elefantes, hombres, caballos! ¿Dónde están?

Warr'Havas se excusó afirmando que en breve cumpliría sus promesas.

Pero en aquel instante, un hombre que no conocían ni el griego ni el libio entró en la tienda. En una lengua desconocida hablaba á Narr'Havas el cual, de repente, corrió hacia sus ginetes. Se alinearon en la llanura formando un gran semicírculo. Narr'Havas, á caballo, bajaba la cabeza y se mordía los labios. Por fin dividió á sus hombres en dos mitades; dió á una orden de que le aguardara y al frente de la otra se lanzó á galope tendido hacia las montañas.

—¡Amo!—murmuró Spendio; no me gustan esas coincidencias. El Suffeta vuelve, Narr'Havas se marcha...

—¡Qué importa!—dijo con desdén el libio.

Pero se imponía adelantarse á Hamilcar, avisando á Autharito. El peligro de levantar los sitios estribaba en que entonces podían los soldados de las ciudades atacarles por la espalda, mientras los cartagineses les combatirían de frente. Después de mucha discusión se convino en lo siguiente.

Spendio con quince mil hombres se adelantó hasta el puente del Macar, á tres millas de Utica, que se fortificó con tres torres enormes provistas de catapultas. Con troncos de árboles y peñascos y muros de piedras se obstruyó en las montañas todos los caminos y senderos; en su cima se amontonó gran cantidad de hierba seca que ardería para servir de señales, y de trecho en trecho se colocaron pastores para que vieran estas.

Indudablemente Hamilcar no se tomaría como Hannon, por la montaña de las Aguas Calientes. Pensarían que Autharito, dueño del interior, le cerraría el paso. Además un fracaso al principio de la campaña le perdería y una victoria no sería decisiva para él, pues los mercenarios le atacarían de nuevo. Podía desembarcar en el cabo de los Racimos é ir en socorro de una de las dos ciudades. Pero quedaría entre los dos ejércitos y era aquella una imprudencia que podía costarle muy cara. Lo natural era que siguiese la base del Ariana, volviendo luego á la izquierda.

para evitar la desembocadura del Macar, y dirigiéndose al puente. Allí le esperaba Matho.

Por la noche, á la luz de las antorchas, vigilaba á los destacamentos avanzados. Iba á Hippo-Zaryta, á las obras de las montañas, no se daba punto de reposo. Spendio envidiaba su robustez; pero en cuanto á las obras de defensa, á lo que debía hacerse para tener buenos confidentes y al arte de las máquinas de guerra, Matho escuchaba á su compañero. Ya no hablaban de Salammbó, uno porque no pensaba en ella, otro porque le avergonzaba pensar tanto,

A menudo iba hacia el lado de Cartago para ver si distinguía las tropas de Hamilcar. Fijaba sus miradas en el horizonte, se tendía de bruces con el oído pegado al suelo y el zumbido de sus arterias se le antojaba el rumor de un ejército en marcha.

Dijo á Spendio que si dentro de tres días no había parecido Hamilcar, él iría con su ejército á buscarle para ofrecerle batalla. Pasaron dos días; Spendio procuraba retenerle, á la mañana del tercero, partió.

Los cartagineses no esperaban la guerra con menos impaciencia. En las tiendas de campaña y en las casas reinaban el mismo deseo é igual angustia. Todo el mundo se preguntaba por qué Hamilcar no se decidía.

De cuando en cuando subía á la cúpula del templo de Eschmun, junto al Anunciador de las Lunas, y consultaba los vientos.

Un día, el tercero del mes de Tibby, bajó precipitadamente la escalinata del Acrópolis. En los Mapapales resonó un gran clamor. Pronto reinó una gran agitación en las calles y los soldados, armándose, se despedían de las mujeres llorosas; luego corrían á la plaza de Khamon á formar. No se les podía seguir, ni hablarles, ni subir á las

murallas: durante algunos minutos la ciudad permaneció silenciosa como una tumba. Los soldados, apoyados en sus lanzas, pensaban en su suerte, y los otros, en las casas suspiraban.

Al ponerse el sol el ejército salió por la puerta occidental, pero en vez tomar el camino de Túnez ó el de Utica, siguió por la orilla del mar; pronto llegó á la Laguna, donde grandes manchas de sal, lanzaban reflejos como gigantescas fuentes de plata olvidadas en la orilla.

Las charcas se multiplicaron. El suelo era cada vez más blando, los pies se hundían; Hamilcar no retrocedió. Marchaba á la cabeza. Su caballo, cubierto de manchas amarillas como un dragón, avanzaba penosamente. Cerró la noche, noche sin luna. Algunos gritaron que todos iban á perecer; les arrancó sus armas, que se entregaron á los criados. El barro era cada vez más profundo. Fué preciso subir sobre las bestias de carga. Algunos se colgaron de las colas de los caballos; los robustos ayudaban á los débiles; el cuerpo de los ligurios empujaba á los infantes con la punta de sus picas. La obscuridad redobló. Se había perdido el camino. Se detuvieron.

Entonces los esclavos del Suffeta se adelantaron para buscar las boyas que por su orden se habían colocado de trecho en trecho. Voceaban en las tinieblas y el ejército les seguía á lo lejos.

Por fin se llegó á un terreno firme. Adelantaron más, y pronto se descubrió en la obscuridad una curva blanquecina. Estaban á orillas del Macar. A pesar del frío no se encendieron hogueras.

A media noche soplaron fuertes ráfagas de viento. Hamilcar hizo despertar á los soldados; pero ni una trompeta resonó; los capitanes les tocaban en el hombro.

Un soldado de alta estatura entró en el río; el agua no le llegaba á la cintura; se podía vadear.

El Suffeta ordenó que treinta y dos de los elefantes se

pusieron en el río y que los otros, cien pasos más abajo, formando otra línea detuvieron á las filas de hombres que arrastrara la corriente. Así todos, con las armas sobre la cabeza atravesaron el río como entre dos paredes. El Suffeta sabía que el viento del Oeste, empujando las arenas, formaba una especie de camino natural en toda su anchura.

Ahora se hallaba el ejército en la orilla izquierda, frente á Utica, en una vasta llanura, muy ventajosa para manio-  
brar los elefantes, que constituían la fuerza principal del ejército.

Aquel rasgo de genio entusiasmó á los soldados. Todos habían recobrado la confianza y pedían marchar en seguida contra los bárbaros. El Suffeta les hizo reposar durante dos horas. Cuando salió el sol, el ejército se movió formando tres líneas; de elefantes la primera, de caballería é infantería ligera la tercera; la falange marchaba á retaguardia.

Los bárbaros acampados cerca de Utica y los quince mil que había junto al puente, quedaron sorprendidos al ver ondular la tierra á lo lejos. El viento, que soplaba con fuerza, levantaba grandes torbellinos de polvo que ocultaban, como una cortina amarillenta, la marcha del ejército púnico. Algunos, al advertir los cuernos que llevaban en los cascos los cartagineses, creían que se trataba de una manada de bueyes; otros, engañados por la agitación de los mantos, pensaban que eran olas; los que habían corrido mucho mundo, se encogían de hombros, diciendo que aquello era un espejismo.

Pronto no fué posible la duda. La masa enorme avanzaba de continuo. Se distinguió á los elefantes erizados de picas, los bárbaros lanzaron un clamor formidable.

—¡Los cartagineses!—y, sin señal, sin que nadie lo mandara, los soldados que sitiaban á Utica y los que guardaban el puente se lanzaron sin orden ni concierto sobre el ejército de Hamílcar.

Al oír aquel nombre, Spendio se estremeció. Repetía maquinalmente: «¡Hamílcar! ¡Hamílcar!» ¡Y Matho no estaba allí! ¿Qué hacer? No se podía huir. El terror que le inspiraba el Suffeta, la gravedad de la resolución que debía tomar, el peligro que crecía por momentos, todo le trastornaba; se veía ya decapitado, crucificado, asaeteado. Pero le llamaban; treinta mil hombres iban á seguirle; pensó que podría lograr la victoria; se creyó más intrépido que Epaminondas. Para ocultar su palidez se embadurnó de bermellón, ciñó su armadura, bebió una gran copa de vino puro y corrió hacia sus soldados que marchaban al encuentro de los de Utica.

Se juntaron tan rápidamente, que el Suffeta no tuvo tiempo de alinear sus hombres en batalla. Poco á poco los cartagineses se detenían. Los elefantes se detuvieron; balanceaban sus pesadas cabezas que ostentaban penachos de plumas de avestruz y con las trompas se golpeaban las espaldas.

En los intervalos que dejaban los elefantes se veían los vélites, los grandes cascos de los clinabaros, penachos, corazas, estandartes. Aunque el ejército cartaginés contaba once mil hombres, no parecía tenerlos porque formaba un cuadrilongo con los lados menores muy estrechos.

Los bárbaros, al verlos tan débiles, lanzaron un clamor de alegría. El desdén que les inspiraban aquellos mercaderes redoblaba su valor, y antes que Spendio diera una orden, ya la habían comprendido y la ejecutaba.

Se extendieron en una larguísima línea que rebasaba por los flancos al ejército púnico, á fin de envolverlo por completo. Pero cuando estuvieron á trescientos pasos, los elefantes, en vez de adelantar retrocedieron; los clinabaros, dando media vuelta, les siguieron, la sorpresa de los mercenarios subió de punto cuando vieron que los bagajeros les imitaban corriendo cuanto podían. ¡Los cartagineses tenían miedo, huían! Un clamor formidable de befa y de alegría resonó en las filas de los bárbaros y Spendio,

desde lo alto de su dromedario gritó: «¡Ya lo sabía! ¡Adelante! ¡Adelante!»

Entonces las jabalinas, los dardos, las balas de fronda volaron á la vez. Los elefantes, al sentirse heridos en la grupa, galoparon más aprisa; una gran polvareda les envolvía y se disiparon como sombras. Pero se oía un gran ruido de pasos, dominado por el ruido de las trompetas que sonaban con furia. Aquel espacio que los bárbaros tenían ante ellos llenos de torbellinos y tumulto, atraía como un abismo; algunos se precipitaron en él. Aparecieron cohortes de infantería y la caballería galopaba también hacia el enemigo.

Hamilcar había ordenado la falange que rompiera sus secciones á fin de que los elefantes, las tropas ligeras y la caballería pasaran por sus intervalos para ir rápidamente hacia las alas, y calculado tan bien la distancia de los bárbaros, que en el instante en que estos chocaron contra el ejército, éste formaba una gran línea recta. En el centro, estaba la falange, formada por cuadros de diez y seis hombres por cara. Los jefes de las filas estaban entre los largos hierros aguzados que sobresalían desigualmente de las filas. Todas las caras desaparecían bajo la viseras de los cascos; láminas de bronce cubrían las piernas derechas, anchos escudos cilíndricos bajaban hasta las rodillas y aquella masa cuadrangular se movía como si estuviese formada de una sola pieza, parecía vivir como un animal y funcionar como una máquina. Dos cohortes de elefantes la flanqueaban; contrayendo la piel hacían caer trozos de sus escamas. A derecha é izquierda de los elefantes corrían los honderos con una honda alrededor de la cintura, otra sobre la cabeza, y otra en la mano derecha. Estaban luego los clinaberos, acompañado cada uno de un negro, tendiendo sus lanzas entre las orejas de sus caballos, cubiertos de oro como ellos. Más lejos, estaban los soldados armados á la ligera con escudos de piel de lince, de los cuales sobresalían las lanzas de los venablos que

llevaban en la mano izquierda, y los tarentinos guiando dos caballos, formaban los extremos de las dos alas.

El ejército de los bárbaros no había podido permanecer alineado. En su extensión exorbitante había ondulaciones y vacíos; todos respiraban anhelosamente sofocados por haber corrido tanto.

La falange adelantó pesadamente enfilando sus lanzas; bajo este peso enorme la línea de los mercenarios, harto endeble, cedió por el centro.

Entonces las alas cartaginesas se desplegaron; los elefantes las seguían. La falange cortó en dos mitades á los bárbaros con sus lanzas tendidas oblicuamente; las alas, á flechazos y pedradas acosaban á los soldados de Spendio.

Este, ordenó que se atacase simultaneamente á la falange por ambos flancos; á fin de desbaratarle. Pero las filas más estrechas se deslizaban bajo las más largas, y la falange se revolvió contra los bárbaros, tan terrible en sus lados como lo era momentos antes por el frente.

Golpeaban sobre el asta de las lanzas, pero la caballería atacándoles por retaguardia les impedía dar en firme el asalto; y la falange apoyada por los elefantes, se estrechaba ó se ensanchaba según lo requerían los incidentes de la lucha, formando un cuadro, un triángulo, un rombo, un trapecio, una pirámide. Un movimiento interior la removía de la cabeza á la cola, pues los que estaban en las últimas filas acudían á las primeras, y los que formaban en estas por cansancio ó por heridas, se retiraban hacia atrás. Las lanzas se inclinaban y se levantaban alternativamente. Se veía un continuo fulgurar de espadas desnudas y la caballería cargaba sin cesar contra aquel mar de hierro. Los heridos, defendíanse con sus escudos, tendían la espada, apoyando el puño contra el suelo, y otros, revolcándose en charcos de sangre, mordían los talones de los combatientes. La multitud era tan compacta, el polvo tan espeso, tan grande el tumulto, que nada podía distinguirse; á los cobardes que ofrecieron rendirse ni siquiera

se les escuchó. Cuando las manos quedaban sin armas, entonces empezaba una lucha cuerpo á cuerpo, los pechos crugían contra las corazas y los cadáveres colgaban con la cabeza hacia atrás entre los brazos crispados. Una compañía de sesenta hombres de la Umbría firmes sobre sus jarretes, con la pica delante de los ojos, inmovibles, y rechinando los dientes, obligaron á retroceder á dos cuadros á la vez Pastores epirotas corrieron hacia el escuadrón de los clinabaras y cogiendo á los caballos por la crin, voltearon sus bastones; los animales derribando á sus ginetes huyeron por la llanura.

Los honderos púnicos no podían intervenir en aquella lucha á menos de herir á sus propios compañeros. La falanxe empezaba á oscilar, vociferaban los capitanes, las filas se estrechaban con dificultad y los bárbaros atacaban cada vez con más ímpetu. Su empuje era tremendo; la victoria era para ellos. De repente un grito, un espantoso grito, un rugido de dolor y de cólera se levantó de las filas de los bárbaros; eran los setenta y dos elefantes que se precipitaban sobre ellos, formados en doble fila. Los indios les espoleaban tan vigorosamente que la sangre corría por sus orejas. Sus trompas embadurnadas de minio erguíanse en el aire parecidas á culebras rojas; en el pecho llevaban un cuerno de hierro, en los lomos una coraza, y sus colmillos estaban alargados por hojas de hierro corvas como sables. Para hacerles más feroces se les había embriagado con una mezcla de vino puro y de incienso.

A fin de resistir mejor su empuje, los bárbaros se lanzaron sobre ellos en filas compactas; los elefantes se echaron impetuosamente sobre ellos. Los espolones de su pretal, como proas de navío, hendían las cohortes. Con sus trompas ahogaban los hombres, ó levantándolos del suelo los entregaban á los soldados de las torres; con sus colmillos les despanzurraban, les lanzaban al aire, y entrañas palpitantes pendían de aquellos como los rollos de cuerdas cuelgan de los mástiles. Los bárbaros procuraban re-

ventarles los ojos, cortarles los jarretes, otros deslizándose bajo su vientre les hundían la espada hasta el puño y perecían aplastados; los más intrépidos, se colgaban de sus correas y bajo las llamas, bajo las flechas, continuaban aserrando el cuero, y la torre de mimbres se derrumbaba como una torre de piedras. Catorce de los que estaban en el ala derecha, irritados por las heridas retrocedieron; entonces, los indios, cogieron el escoplo y el martillo y aplicando aquél sobre la nuca dieron un gran golpe. Los enormes animales cayeron unos sobre otros. En aquel montón de cadáveres y de armaduras un elefante monstruoso llamado *Furor de Baal*, cogido por la pata entre cadenas, gritó desesperadamente hasta la noche, pues tenía una flecha en un ojo.

Sin embargo los otros, como conquistadores que se deleitan en el exterminio, derribaban, aplastaban, pisoteaban á heridos y moribundos. Para rechazar á los manipulos que se apiñaban al rededor suyo, giraban sobre sus patas de atrás adelantando siempre. Los cartagineses sintieron avivar su ardor. La batalla empezó de nuevo.

Los bárbaros cedían; los griegos tiraron sus armas y los demás, al ver el mal ejemplo se asustaron. Spendio huía inclinado sobre el cuello del dromedario. Entonces todos se precipitaron hacia Utica.

Los clinabaras, cuyos caballos estaban rendidos, no trataron de perseguirles. Los ligures, extenuados por la sed querían ir hacia el río. Los cartagineses que combatieron en el centro de los cuadros, y que habían sufrido menos, se desesperaban viendo que no podían completar su venganza. Iban á perseguir á los mercenarios. Hamilcar apareció.

Con las riendas de plata contenía á su caballo atigrado cubierto de sudor. Las tiras que pendían de los cuernos de su casco ondeaban al viento y traía bajo su muslo izquierdo el escudo oval. Con un movimiento de su lanza de tres puntas, detuvo el ejército.

La falanxe exterminó á todos los bárbaros que aun resistían. Algunos aún se defendieron. Se les mató desde lejos bajo una nube de piedras como si fueran perros rabiosos. Hamilcar había recomendado que se hicieran prisioneros; pero los cartagineses dudaban en obedecerle, ansiosos de hundir sus espadas en el cuerpo de los bárbaros.

Anocheció. Los cartagineses y los bárbaros habían desaparecido. Los elefantes que huyeron corrían á lo lejos con sus torres incendiadas.

Ardían en las tinieblas aquí y allá como faros medio ocultos entre la niebla; á lo lejos solo se veía sobre la llanura la ondulación del río que acarrea los cadáveres al mar.

Dos horas después llegó Matho. A la luz de las estrellas vió montones de hombres tendidos en tierra. Eran hileras de bárbaros. Inclínose, todos estaban muertos. Llamó con voz estentórea; nadie le contestó.

Por la mañana había abandonado Hippo Zaryta con sus soldados para marchar contra Cartago. En Utica el ejército de Spendio acababa de desaparecer y los habitantes incendiaban las máquinas de guerra.

Todos se habían batido con saña. Pero como Matho para llegar más pronto se adelantó por entre las montañas y los bárbaros huyeron por la llanura, no tuvo noticia de la derrota hasta que se encontró en lo que había sido campo de batalla.

En frente de él, más allá del río, veía á ras del suelo unas luces inmóviles. Eran los cartagineses que se retiraron detrás del puente y para engañar á los bárbaros, el Suffeta había colocado avanzadas en la otra orilla. Matho, adelantando sin cesar, creyó ver las insignias púnicas, pues distinguía en el aire cabezas de caballos que no se movían; oyó también un gran rumor, ruido de canciones y de copas que chocaban.

Entonces no sabiendo donde estaba; ni cómo hallar á Spendio, se volvió por el mismo camino. Apuntaba el alba y á su luz vió á lo lejos la ciudad y á su alrededor los despojos de las máquinas ennegrecidas por las llamas, como esqueletos gigantescos apoyados contra las murallas.

Todo reposaba en un silencio extraordinario. Entre los soldados había hombres casi desnudos que dormían tendidos de espaldas ó con la frente apoyada en los brazos. Algunos quitaban de sus piernas tiras de tela ensangrentadas. Los moribundos movían lentamente la cabeza, y otros arrastrándose les traían agua. A lo largo de los senderos estrechos, los centinelas caminaban para entrar en calor, ó con el rostro vuelto hacia el horizonte permanecían quietos con la lanza sobre el hombro en actitud feroz.

Matho halló á Spendio bajo una tienda desgarrada, con la rodilla entre las manos y la cabeza baja.

Permanecieron largo rato sin hablar.

Por fin Matho murmuró:

— ¡Vencedos!

Spendio contestó con voz sombría:

— ¡Sí, vencedos!

A todas las preguntas contestaba con ademanes desesperados.

Suspiros y estertores llegaban hasta ellos, Matho entreabrió la tienda. Entonces aquel espectáculo le recordó otro ocurrido allí también, y dijo rechinando los dientes:

— ¡Miserable! ya una vez. .

Spendio le interrumpió:

— Tú tampoco estabas.

— ¡Es una maldición, —exclamó Matho,—pero un día ú otro llegaré hasta él! ¡le venceré! ¡le mataré! ¡Ah! ¡Si hubiese estado allí!

La idea de haber faltado á la batalla le desesperaba más que la derrota.

Se arrancó del cinto la espada y la tiró al suelo.

— ¿Cómo os han derrotado los cartagineses?



El antiguo esclavo se puso á contar la batalla y las maniobras. Matho creía verlas, y se irritaba. El ejército de Utica en vez de correr al puente debió atacar á Hamilcar por retaguardia.

—¡Ahl ya lo sé,—exclamó Spendio.

—Era preciso doblar tus filas, no comprometer los vélites contra la falanje, dejar paso á los elefantes; en un momento debía cambiar la faz de la lucha.

Spendio contestó:

—Le he visto pasar con un gran manto rojo, levantados los brazos, más alto que la polvareda, como un águila que vuela al lado de las cohortes; á cada señal de su cabeza, se estrechaban, se precipitaban; la multitud nos ha echado uno contra otro. Me miró; sentí en mi corazón como el frío de una espada.

Se interrogaron tratando de descubrir por qué el Suffeta había llegado cuando las circunstancias eran más desfavorables para los bárbaros. Hablaron luego de la situación, y para atenuar su falta ó para animarse á sí mismo, Spendio dijo que aun quedaba esperanza.

—Aun cuando no quedase nadie más, no importa,—dijo Matho,—hasta solo continuaré la guerra!

—Yo también,—gritó el griego levantándose de un salto.

Caminaba á largos pasos, centelleaban sus pupilas, y una extraña sonrisa contraía su rostro de chacal.

—¡Volveremos á empezar; no te alejes nunca de mí no sirvo para las batallas á la luz del sol. El fulgor de las espadas turba mi vista; es una enfermedad; he pasado demasiado tiempo en el ergástulo. Pero indícame murallas que escalar durante la noche, y entraré en las ciudadelas y los cadáveres estarán fríos antes que canten los gallos! Enséñame á alguien, algo, un enemigo, un tesoro, una mujer; aun cuando fuera la hija de un rey, y traeré tu desecho ante tus ojos. Me acusas de haber perdido la batalla,

y sin embargo la gané. Confiesa que mi piara de cerdos nos sirvió mejor que una falanje de espartanos.

Y cediendo al deseo de realizarse y de tomar desquite, enumeró cuanto hiciera por la causa de los mercenarios.

—Yo soy—dijo—quien en los jardines del Suffeta empujé al galo. Más tarde en Sicca les he dado ánimo, haciéndoles temer la venganza de la República. Giscon les perdonaba, pero yo no quise que los intérpretes hablaran. ¡Ahl! ¡Cómo les salían las lenguas de la boca. ¿Te acuerdas? Te llevé á Cartago; he robado el zaimph, te llevé á su casa. Haré más aún: ¡ya verás!

Y se echó á reír como un loco. Matho le miraba con los ojos dilatados. Experimentaba malestar ante aquel hombre que era á un tiempo tan cobarde y tan terrible.

El griego añadió con tono jovial chasqueando los dedos:

—¡Evohé! ¡Después de la lluvia el sol! He trabajado en las canteras y he bebido vino en una crátera que me pertenece bajo una tienda de brocado de oro como un Ptolomeo. La desgracia sirve para hacernos más hábiles. A fuerza de trabajo se domó la fortuna. Esta proteje á los políticos. ¡Cederá!

Volvió hacia Matho, y tomándole por el brazo:

—Amo, ahora los cartagineses están seguros de su victoria. Tienes un ejército que no se ha batido y tus hombres te obedecen. Ponlos en la vanguardia; los míos para vengarse les seguirán. Me quedan tres mil caballos, mil doscientos honderos y arqueros, cohortes enteras. ¡Hasta podemos formar una falanje! ¡Volvamos!

Matho, aplastado por el desastre, no había decidido nada para repararlo, Escuchaba con afán, y las planchitas de bronce que rodeaban su busto se levantaban al impulso de los latidos de su corazón.

Recogió su espada y gritó:

—¡Sígueme! ¡adelante!

Pero las avanzadas anunciaron que los muertos de los cartagineses habían sido recogidos, que el puente estaba quemado y que Hamilcar con sus tropas había desaparecido.



IX

En campaña



EL Suffeta, pensó que los Mercenarios le esperarían en Utica, ó se revolverían contra él, y comprendiendo que no tenía fuerzas suficientes, ni para acometer, ni para resistir, marchó hacia el sur, por la orilla derecha del río, lo cual le ponía de momento á cubierto de una sorpresa.

Quería ante todo perdonando por entonces su rebelión, separar á todas las tribus de los bárbaros, y después, cuando estuviesen aislados, caería sobre ellos y les exterminaría.

En catorce días, pacificó la región comprendida entre Thouccaber y Utica, y las ciudades desde Fignicaba, Tessorah, Vacca y otras más occidentales; Zunghar, edifica-